

Ministerio de Turismo y Zurich Compañía de Seguros presentan

AMAZÔNIA

SEBASTIÃO SALGADO



Curaduría y escenografía
LÉLIA WANICK SALGADO

Museu do Amanhã

ÍNDICE

MUSEU DO AMANHÃ	<u>3</u>
AMAZÔNIA	<u>6</u>
ESCENOGRAFÍA	<u>10</u>
BIOGRAFÍA	<u>12</u>
VISTAS AÉREAS	<u>20</u>
ASHÁNINKA	<u>26</u>
KORUBO	<u>34</u>
YANOMAMI	<u>44</u>
MACUXI	<u>54</u>
LLUVIAS TORRENCIALES	<u>61</u>
YAWANAWÁ	<u>68</u>
MARUBO	<u>76</u>
MONTAÑAS	<u>87</u>
XINGU	<u>94</u>
AWÁ-GUAJÁ	<u>104</u>
ZO'É	<u>111</u>
SURUWAHÁ	<u>121</u>
LA SELVA	<u>127</u>
ANAVILHANAS	<u>145</u>
AERIAL VIEWS	<u>155</u>
INSTITUTO TERRA	<u>159</u>

Falar sobre a Amazônia é realizar um exercício de reflexão. Presente em oito países e um território, ocupando quase metade do Brasil, ela abriga atualmente mais de 30 milhões de pessoas, milhares de espécies de plantas e é uma das regiões mais biodiversas do globo. Porém, esse bioma vem sofrendo ameaças crescentes e constantes, como queimadas, desmatamento e garimpo ilegal. Diante deste cenário, o IDG-Instituto de Desenvolvimento e Gestão, enquanto gestor do Museu do Amanhã, entende que esse equipamento cultural tem o dever de ser um espaço de debate e discussão de ideias em prol da maior floresta tropical do mundo.

Em defesa desse bioma tão rico, escolhemos seguir pelo caminho da informação e da cultura: estamos fazendo de 2022 o ano da Amazônia no Museu do Amanhã. Durante esta jornada, tivemos nossos caminhos cruzados por pessoas que atuam como verdadeiros guardiões da floresta e têm nos ajudado a construir narrativas consistentes sobre a realidade na Amazônia. Hoje, o museu tem a honra de se tornar, mais uma vez, a casa de um desses defensores: Sebastião Salgado. Por alguns meses, temos o imenso orgulho de abrigar mais de 190 fotografias realizadas por um dos maiores fotógrafos brasileiros contemporâneos.

A obra de Sebastião é capaz de nos conectar com o lado exuberante da floresta. Mostra uma natureza viva, potente, e narra, através de imagens, a história dos habitantes locais. No ano em que damos protagonismo à Amazônia por meio de programações diversificadas, a fotografia de Sebastião atua como agente transformador, contribuindo para a

conscientização da importância da conservação deste bioma e patrimônio imaterial da humanidade.

Boa exposição!

Maria Garibaldi

Diretora-executiva do Museu
do Amanhã/IDG

Ricardo Piquet

Diretor-presidente do IDG

AMAZÔNIA

La Amazonia siempre ha incitado a la imaginación. Como origen de muchas metáforas, su imagen está frecuentemente distante de la realidad de este vasto territorio que se extiende por nueve países sudamericanos. Cerca del 60 % de la selva tropical, la mayor del mundo, está localizada en suelo brasileño.

Cuando los navegadores portugueses desembarcaron en Brasil en el año 1500, en esta densa y rica vegetación irrigada por innumerables ríos, vivía una población estimada en cinco millones de habitantes. Hoy, no son más de 370.000, divididos en 188 grupos indígenas y con 150 idiomas diferentes. Hasta el momento, 114 grupos identificados nunca fueron contactados.

Desde el siglo XVII, han surgido pueblos y ciudades a lo largo del río Amazonas y sus afluentes. Pero la mitad del siglo XX marcó el inicio de un triste capítulo en la lucha por la supervivencia de las poblaciones locales: los flujos migratorios desde el sur del país provocaron la deforestación para dar paso a la ganadería y al cultivo de soja. Las nuevas carreteras y la apertura de vías fluviales facilitaron el acceso a las empresas madereras y mineras.

La Amazonia está sometida, especialmente en sus fronteras, a una constante depredación de la biodiversidad. Cada año, decenas de miles de explotaciones agrícolas amplían su superficie, devorando el bosque y destruyendo poco a poco los territorios indígenas vecinos.

La selva amazónica es el único lugar del mundo donde el sistema de humedad del aire no depende de la evaporación de los océanos:

cada árbol actúa como un aireador, distribuyendo cientos de litros de agua al día en la atmósfera, creando "ríos aéreos" incluso más voluminosos que el río Amazonas. Las imágenes de satélite muestran invariablemente una selva tropical cubierta en gran medida por las nubes. Si un día llegáramos a ver la selva perfectamente desde el espacio, significará que los ríos aéreos habrán desaparecido, con consecuencias catastróficas para nuestro planeta.

Esta exposición es el resultado de siete años de experiencias humanas y expediciones fotográficas -por tierra, agua y aire- en una Amazonia aún desconocida que no deja de asombrarnos por la cultura y el ingenio de sus pueblos, sus misterios, su fuerza y su incomparable belleza. Gracias a la impenetrabilidad de la selva, los pueblos han podido conservar sus formas de vida tradicionales durante siglos. Hoy en día, esta población está gravemente amenazada, al igual que la supervivencia de la selva.

Estas imágenes son un testimonio de lo que todavía existe, antes de que empiece a desaparecer más. Para que la vida y la naturaleza superen el exterminio y la destrucción, es deber de los seres humanos de todo el planeta participar en su protección.

Sebastião Salgado

Lélia Wanick Salgado

Una exposición fotográfica es el decorado de una idea, una escenografía que defiende un punto de vista. Al planear *Amazônia*, quise crear un entorno en el que el visitante se sintiera como si estuviera dentro de la selva, inmerso en su exuberante vegetación y en la vida cotidiana de sus poblaciones locales. Además de imágenes de diversos formatos suspendidas a distintas alturas, el centro de la exposición incluye espacios que recuerdan las chozas indígenas, para evocar la vida humana en el corazón de la selva.

El recorrido está acompañado por una creación sonora especialmente compuesta por el músico francés Jean-Michel Jarre, basada en sonidos concretos de la selva: el susurro de los árboles,

los gritos de los animales, el canto de los pájaros, el sonido del agua que baja de la cima de las montañas.

Dos salas albergan diferentes proyecciones. Una de ellas muestra paisajes de selvas musicalizados por el poema sinfónico “*Erosão – Origem do Rio Amazonas*” (Erosión - Origen del río Amazonas), del compositor brasileño Heitor Villa-Lobos (1887-1959). La otra, revela retratos de indígenas, con una composición especial de Rodolfo Stroeter.

Es una ilusión pensar que se pueden reproducir las mismas sensaciones in loco que proporciona la selva. Pero nuestra esperanza es que, al final, se evidencie para los visitantes una pequeña parte de la magia de la Amazonia y de la vida de su gente, y que pueda perdurar íntimamente más allá de la experiencia de esta exposición.

Lélia Wanick Salgado

Curadora y escenógrafa

BIOGRAFÍA

Sebastião Salgado, nacido en 1944 en Minas Gerais, Brasil, vive en París, Francia. Está casado con Lélia Wanick Salgado. Tienen dos hijos y dos nietos.

Economista de formación, comenzó su carrera como fotógrafo profesional en 1973, en París. Trabajó con agencias de fotografía hasta 1994, cuando fundó, con Lélia Wanick Salgado, *Amazonas images*, exclusivamente dedicada a su trabajo. Esta estructura es ahora su estudio.

Sebastião Salgado viajó por más de 100 países con sus proyectos fotográficos, que, además de innumerables publicaciones en los medios

internacionales, fueron publicados en libros como *Outras Américas*, 1986; *Sahel, l'homme en détresse*, 1986; *Sahel: el fin del camino*, 1988; *Um incerto estado de graça*, 1995; *Trabalhadores*, 1993; *Terra*, 1997; *Êxodos*, 2000; *África*, 2007; *Gênesis*, 2013; *Perfume de sonho*, 2015; *Kuwait, um deserto em chamas*, 2016; *Gold, mina de ouro Serra Pelada*, 2019 y *Amazônia*, 2021. Estos libros fueron editados, concebidos y diseñados por Lélia Wanick Salgado.

Las exposiciones hechas a partir de estas obras fueron y continúan siendo mostradas hasta la actualidad en museos y galerías de todo el mundo. Lélia Wanick Salgado, como curadora, creó la escenografía de la mayoría de estas exposiciones.

Da minha terra à Terra, un relato de la vida y la carrera de Salgado, escrito por la periodista francesa Isabelle Francq, fue publicado en 2013. El documental *O sal da terra*, codirigido por Wim Wenders y Juliano Ribeiro Salgado, lanzado en el 2014, recibió el Premio

Especial del Jurado en el Festival de Cannes y en el mismo año en la categoría *Un Certain Regard*, así como el premio francés César de mejor documental en el 2015. También fue indicado en la categoría de Mejor película documental de la 87^a edición de los Óscar.

Sebastião Salgado es Embajador de Buena Voluntad de la UNICEF y miembro honorario de la *Academy of Arts and Sciences* de los Estados Unidos. Recibió innumerables premios de fotografía y fue objeto de prestigiosas distinciones, incluyendo: *Grand Prix National* (Ministerio de la Cultura, Francia); Premio *Príncipe de Asturias* de las Artes (España); Medalla de la *Presidenza della Repubblica Italiana* (Centro de Investigación Pio Manzù, Italia). Fue nombrado *Comendador da Ordem de Rio Branco* (Brasil) y *Commandeur de l'Ordre des Arts et des Lettres* (Ministerio de la Cultura, Francia).

En 2016, Salgado fue elegido miembro de la *Académie des Beaux-Arts* del Institut de

France, y en el mismo año, Francia lo nombró Chevalier de la Légion d'Honneur. En 2018 fue nombrado *Chevalier de l'Ordre du Mérite Culturel* por el Principado de Mónaco. En 2019 fue elegido *Foreign Honorary Member of the American Academy of Arts and Letters* (Nueva York, EE. UU.) y laureado con el *Peace Prize of the German Book Trade* (Alemania). En 2021 recibió el título de *Honorary Doctor of Arts* de la Universidad de Harvard (Cambridge, EE. UU.) y fue galardonado con el premio *Praemium Imperiale Award* de la Japan Art Association, considerado el "Nobel de las artes".

Lélia y Sebastião trabajan desde la década de 1990 en la recuperación ambiental de una parte de la Mata Atlántica brasileña, en el Valle del río Doce, en el estado de Minas Gerais. Devolvieron a la naturaleza un terreno de su propiedad, que se convirtió en reserva natural en 1998. En el mismo año crearon el *Instituto Terra*, que tiene como misión la reforestación, preservación y la educación ambiental.

En la actualidad, el Instituto Terra alberga una selva rica en varias especies de flora y fauna endémicas de la Mata Atlántica. Desde 2010 desarrolla también el programa *Olhos d'Água*, destinado a la recuperación, protección y preservación de los recursos hídricos de la cuenca del río Doce, que hasta la fecha ha recuperado decenas de miles de nacientes.

São Gabriel da Cachoeira, tierra indígena yanomami, en las proximidades del río Maru. Estado de Amazonas, 2018.

Paraná que conecta el río Negro con el río Cuiuni. Los *paraná*s son como "lagos" que se conectan a los grandes ríos por medio de canales, llamados "furos". En épocas de crecida, los dos tienden a unirse como si el río se ensanchara. Estado do Amazonas, 2019.

Vientos cargados de humedad pasan por encima de la frontera entre Brasil y Guyana, en el monte Roraima, situado en la tierra indígena *Raposa Serra do Sol*. Parque nacional del monte Roraima. Estado de Roraima, 2018.

Evaporación en la selva alrededor del curso del río Auaris, en la reserva forestal de Parima. Tierra indígena yanomami. Estado de Roraima, 2018.

La sierra Urutanin, con su punto más alto de 2.766 metros, cubierta por la niebla que sube evaporándose, desde la selva de la reserva de Parima. Tierra indígena yanomami. Estado de Roraima, 2018.

Los fuertes vientos procedentes del océano Atlántico entran en el continente y atraviesan el Amazonas pasando por la región del monte Roraima, en el extremo norte de Brasil. El viento concentra las nubes, también enriquecidas por la evaporación reciente y hace visible el "río volador" que transportará la humedad a miles de kilómetros. Tierra indígena macuxi, Raposa Serra do Sol. Estado de Roraima, 2018.

Bajo río Negro (aguas abajo de la confluencia con el río Branco y el inicio de las *Anavilhanas*). Tormenta en río Negro. Estado de Amazonas, 2019.

RÍOS AÉREOS

Regar todo un continente



Una de las curiosidades más extraordinarias – y tal vez menos conocidas – de la selva amazónica es un fenómeno comunmente denominado como “ríos voladores”. Elevándose por encima de la selva amazónica, estos ríos aéreos cargados de vapor de agua fluyen por gran parte del continente sudamericano y llevan más agua que el propio río Amazonas. Cada día, 17.000 millones de toneladas de agua fluyen desde el río hacia el Océano Atlántico, pero los científicos estiman que, al mismo tiempo, 20.000 millones de toneladas de agua suben desde la selva a la atmósfera: un fenómeno que se gana su apodo de "Océano verde".

Sin embargo, es notable la escala en la que se está produciendo este fenómeno. Un árbol grande puede extraer agua de hasta 60 metros de profundidad y liberar hasta 1.000 litros al día. Y como esta operación se repite en unos 400 a 600 mil millones de árboles, es fácil comprender que la selva amazónica genera gran parte del agua que luego recibe en forma de lluvia. De hecho, incluso el agua que llega al continente por la evaporación del agua del mar es rápidamente reciclada por la selva, en un proceso conocido como "evapotranspiración".

Esos "ríos voladores" son vitales para el bienestar de decenas de millones de personas, inclusive en Brasil: influyen en los patrones climáticos en todo el mundo y son, a su vez, vulnerables a los efectos de la deforestación y del calentamiento global. En ambos casos, los fenómenos amazónicos constituyen una variable clave. Los científicos estiman que, debido a la deforestación acelerada y a los cambios climáticos, la temperatura del suelo

de la cuenca del Amazonas ya subió 1,5 °C y debe aumentar 2 °C más si las tendencias actuales persisten. De la misma manera, temen una disminución en las precipitaciones anuales del 10 % al 20 % debido al calentamiento del planeta.

26

Monte Roraima cubierto de nubes, en la frontera entre Brasil y Guyana. Parque nacional de monte Roraima. Estado de Roraima, 2018.

25

Archipiélago de Mariuá, río Negro medio. Estado de Amazonas, 2019.

23

Paisaje fluvial en la desembocadura del río Jaú. Parque nacional del Jaú. Estado de Amazonas, 2019.

21

Jaú River, Jaú National Park. View of an *igapó*, a type of forest frequently flooded by black-water from rivers. State of Amazonas, 2019.

Paisaje con selva de *igapó*, áreas frecuentemente inundadas por las aguas oscuras de los ríos, en el archipiélago de Mariuá, río Negro medio. Estado de Amazonas, 2019.

ASHÁNINKA



Los asháninkas son uno de los grupos indígenas con la más antigua historia conocida: registros de su relación económica y cultural con el Imperio inca, que desde las montañas de Perú dominó gran parte de América del Sur hasta la llegada de los españoles, remontan a los siglos XV y XVI. En la época, eran llamados de “Antis”, y vendían a los incas productos de la selva, como plumas, pieles, algodón, tejidos y plantas (granos o madera). Recibían a cambio objetos de metal (hachas de cobre, joyas de oro), tal vez piedras semipreciosas, otros tejidos y lana.

El vínculo de los asháninkas con los incas es tan antiguo y profundo que está registrado

hasta en los mitos sobre la creación del mundo y de los hombres, como si los dos pueblos hubiesen nacido uno del otro. Dice uno de esos mitos, narrado por el chamán Moisés Piyáko:

“Un día, hace mucho tiempo, había una comunidad asháninka, y en el centro de ella había una laguna. Desde el interior del lago se escuchaba el canto de una gallina. Un día, alguien tomó un anzuelo de pesca. Con cada cebo que ponía, enganchara algo: gallina y otros animales que no existían. A veces pescaba un inca. Así que los incas primero vivieron con los asháninkas. Pero un día se alejaron para vivir más lejos, y entonces surgió el pueblo inca. Lo que mi pueblo necesitaba, lo buscaba en las ciudades de los incas. Y lo que ellos necesitaban, lo compraban a los asháninkas. Los incas no sabían caminar por la selva. No bajaban para la selva, se quedaban solamente en la montaña”.

También según su mitología, después de que los españoles, a los que llaman *Wiracocha*, dominaron el territorio, el dios supremo de los asháninkas, Pawa, decidió impedir que los sabios contaran a los invasores los secretos de sus poderes. Pawa ocultó la sabiduría convirtiendo a los sabios en animales. Pero necesitaba preservar la capacidad de algunos hombres para acceder a este conocimiento. Por eso creó la *ayahuasca*, una bebida que pone al hombre en contacto con el mundo espiritual. Es "la llave para que podamos conseguir penetrar en todos los encantos que están guardados".

1

Luísa, hija de Moisés Piyãko Asháninka, se pinta en el espejo. Tierra indígena kampa del río Amônea. Estado de Acre, 2016.

2

Yara Asháninka, hija mayor de Wewito Piyãko y Auzelina, con un arreglo en el cabello hecho con semillas y plumas de guacamayo. Las pequeñas pinturas en su cara significan que es una joven todavía soltera. Tierra indígena kampa del río Amônea. Estado de Acre, 2016.

3

Eliane, de la tribu yawanawá, está casada con el líder Ashaninka Francisco Piyâko. Sigue llevando la típica pintura facial de los yawanawás, que es diferente de la que utilizan las mujeres asháninkas. En el pelo lleva un broche con plumas de guacamayo dispuestas en forma de flor. Tierra indígena kampa del río Amônea. Estado de Acre, 2016.

4

Manitzi Asháninka (a la derecha) y el hijo Tchari, o “Davizinho”. “Manitzi” significa jaguar. Tierra indígena kampa del río Amônea. Estado de Acre, 2016.

5

El chamán Moisés Piyáko Asháninka, maestro del ritual de la ayahuasca, es una referencia en materia espiritual en la aldea. Tierra indígena kampa del río Amônea. Estado de Acre, 2016.

6

Niños pintándose, concentrados, entre las raíces de un gran árbol de *samaúma* (*Ceiba pentandra*, también conocida como *kapok* o *mafumeira*), un árbol gigante que puede alcanzar los 50 metros de altura y que es considerado sagrado por los ashaninkas y otras culturas indígenas. Tierra indígena kampa del río Amônea. Estado de Acre, 2016.

Nelita Piyãko Asháninka teje una túnica (*kushma*) masculina. El algodón es plantado, hilado y tejido por ella en el telar manual en un trabajo que le lleva una semana. La ropa de hombre se confecciona originalmente con rayas de colores. Tierra indígena kampa del río Amônea. Estado de Acre, 2016.

Onãtxo y Thõwero, hija y nieta de Winko Ashaninka, con los hijos pequeños. Tierra indígena kampa del río Amônea. Estado de Acre, 2016.

Familia de Antônio Piyáko (al centro, en primer plano) y su mujer, Francisca (“Doña Pity” es blanca y nunca adoptó la vestimenta asháninka). Tuvieron siete hijos: Francis, Moisés, Isaac, Bêнки, Dora, Wewito y Alexandrina. Más tarde, criaron siete más. Tierra indígena kampa del río Amônea. Estado de Acre, 2016.

Pishiro termina la fabricación de un arco atando la cuerda en los extremos. Enseña a los jóvenes ashaninkas a fabricar arcos y flechas con una especie de caña ligera llamada chicosa. Tierra indígena kampa del río Amônea. Estado de Acre, 2016.

KORUBO



Los korubos son tan famosos como temidos por indígenas y no indígenas de la región del Valle del Javari desde los años 70, cuando agentes del gobierno brasileño iniciaron la prospección de minerales en la región. La violencia de sus reacciones con los invasores de su territorio llamó rápidamente la atención. Se hicieron conocidos como “indios golpeadores” por la forma en que atacan a sus víctimas, armados con grandes *bordunas*¹.

Su piel siempre está pintada del rojo de las semillas de urucum, pero fue el color del barro lo que les valió su nombre (en la lengua pano, que comparten con sus vecinos los marubos, matsés y matis). Son un pueblo de las tierras

altas, lejos de los ríos y de sus omnipresentes mosquitos. Cuando se acercan a las orillas, molestos por tantas picaduras de insectos, se cubren la piel con barro para protegerse. Al verlos así, los vecinos matis los apodaron "Koru-bo", pueblo cubierto de barro.

Hasta el contacto, no utilizaban el arco y la flecha, tan comunes entre otros indígenas. Cazaban animales pequeños con una cerbatana, que utilizan con gran precisión. Para los animales grandes usan lanzas y *bordunas*.

Vivieron aislados hasta mediados de la década de 1990, cuando un grupo, casi todos con malaria, se acercó a los no indígenas en busca de ayuda. En la actualidad, los korubos son unos 120 individuos que viven en dos aldeas a orillas del río Ituí, en la tierra indígena del Valle del Javari, al oeste de la Amazonia, cerca de la frontera con Perú. Al menos otro grupo sigue viviendo sin contacto en la selva.

Clasificados como "pueblos indígenas recientemente contactados", o con poca relación con los no indígenas, los korubos viven de forma tradicional. Pocos hablan portugués y siguen siendo muy vulnerables a las enfermedades que son comunes entre los no indígenas. Por esta razón, se evita la presencia de los blancos en su comunidad.

1. garrote largo y cilíndrico utilizado por los indígenas como arma de ataque, defensa o caza.

Txitxopi era un niño cuando el primer grupo korubo fue contactado en 1996. Aquí fotografiado en un campamento de caza. Los korubos viven en la región del río Ituí, en la tierra indígena del Valle del Javari. Estado de Amazonas, 2017.

La familia Pinu Korubo, contactada en 2014. De izquierda a derecha: Nayl, la madre; su hijo Vali está detrás, de pie; su hijo Wanka Vakwë, sentado en el centro; Pinu, el padre, sentado; su hijo Kanikit, de pie a la derecha. Campo de caza. Río Ituí, Tierra indígena del Valle del Javari. Estado de Amazonas, 2017.

Tixlavo, a la izquierda y Kontxo observan los perezosos (*choloepus didactylus*, animales llamados pusën en la lengua korubo), criados como mascotas. Tierra indígena korubo del Valle del Javari. Estado de Amazonas, 2017.

Kulutxia Korubo, contactado en 2015. Campamento de caza en el río Ituí. Tierra indígena del Valle del Javari. Estado de Amazonas, 2017.

Tumi Muxavo Korubo (izquierda), Mayá Korubo, líder del grupo contactado en 1996 y Nailó Korubo con el bebé Manisvo en brazos. Tierra indígena del Valle del Javari. Estado de Amazonas, 2017.

Visa (a la izquierda, del grupo contactado en 2014) y Takvan (contactado en 1996). Sus expresiones al recibir a los visitantes en la orilla del río reflejan la forma en que los korubos tratan a los forasteros: desconfiados, listos para el conflicto, con la borduna y la lanza a mano. Tierra indígena korubo del Valle del Javari. Estado de Amazonas, 2017.

Grupo Korubo. De izquierda a derecha: Xikxuvo (contactado en 1996); Këtsi (2015); Maya Koluvo (hija de una pareja contactada en 1996); Luni y Këtsi Vakwë (2015); Wanka (1996); Pëxken (2015); Lëyu (1996); Xamalekit (2014) y Mëlanvo (2015). Tras la exitosa cacería de un tapir (*tapirus terrestris*, nombre korubo: *awat*), el mayor animal mamífero salvaje de Brasil, que puede pesar hasta 300 kilos y medir más de 2,5 metros. Tierra indígena korubo del Valle del Javari. Estado de Amazonas, 2017.

De izquierda a derecha: Pinu Vakwë con el pájaro cujubim (*Aburria cujubi*, nombre korubo: *kuxu*) colgado del hombro - contacto en 2014; Xuxu con la aljaba (nombre Korubo: *vitinte*) colgada- contacto en 2015. En primer plano, dos monos capuchinos (*Lagothrix lagothricha*, nombre korubo: *kolokit*) abatidos con flechas envenenadas de la aljaba de Xuxu, lanzadas con cerbatanas. Campamento de caza en el río Ituí. Tierra indígena korubo del Valle del Javari. Estado de Amazonas, 2017.

Atsa Kanikit Korubo (atrás) e Txipu Wankan Korubo. Tierra indígena del Valle del Javari. Estado de Amazonas, 2017.

Ayax Punu Korubo, contactado en 2015 y su mono zogue-zogue (*Callicebus brunneus* o *masoko* en korubo). Río Ituí, tierra indígena del Valle del Javari. Estado de Amazonas, 2017.

YANOMAMI



Los yanomamis son la mayor etnia indígena de bajo contacto en todo el mundo. En la actualidad son 40.000, 28.000 en Brasil y unos 12.000 en Venezuela. Viven en una cadena de montañas y valles en el extremo norte de Brasil, en la mayor tierra indígena del país, situada en la frontera con Venezuela. El territorio se extiende desde el noroeste estado de Roraima hasta el río Negro, en el estado de Amazonas. Entre ellos, hay al menos un grupo aislado.

Hace unos mil años, este grupo habitaba en torno a la cordillera más alta del territorio brasileño. Antes de eso, vivían en las cumbres de la cordillera. A lo largo de los siglos, el

contacto con los no indígenas diezmó a los habitantes de los valles y permitió a los yanomamis expandirse hacia las zonas bajas del territorio.

Fue a partir de la segunda mitad del siglo XX que quedaron más expuestos a la presencia de representantes no indígenas, misiones religiosas, agentes del Estado brasileño encargados de marcar las fronteras y los primeros exploradores. A partir de los años 70, bajo la ideología desarrollista imperante, la dictadura militar brasileña (1964-1985) decidió construir una serie de autopistas a través de sus tierras. Al no estar preparados para resistir las enfermedades traídas por los blancos, los indígenas sufrieron sucesivas epidemias de gripe, malaria, sarampión y enfermedades de transmisión sexual.

A finales de los años 80, se calcula que entre 30.000 y 40.000 mineros invadieron la región (cinco veces más que la población indígena de la zona invadida), con el consentimiento

tácito de los organismos federales de protección de los pueblos indígenas. En poco tiempo, el 15% de la población indígena afectada murió.

Los mineros fueron expulsados por el gobierno federal, que también reconoció como territorio indígena toda el área de 96.000 km² indicada por los estudios antropológicos.

El chamanismo es un elemento fundamental de la cultura yanomami. Su principal líder es el chamán Davi Kopenawa, pionero de la campaña por la creación de tierras yanomami desde finales de los años 70. Durante la crisis de la invasión minera de 1988, ganó un premio del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente. Más recientemente, en medio de otra oleada de invasiones, recibió el premio Right Livelihood, popularmente llamado el "Nobel Alternativo".

Josane (en primer plano) y Aldeni viven en las comunidades de la región del río Demini. Josane es de la aldea de *Ponto Quebrado* y Aldeni de la comunidad Watoriki. Tierra indígena yanomami. Estado de Amazonas, 2014.

La choza de Watoki, comunidad fundada y liderada por el chamán Davi Kopenawa, en la región del río Demini. Tierra indígena yanomami. Estado de Amazonas, 2014.

Mujeres de otras comunidades llegan bailando a una fiesta en la comunidad de Piaú. La entrada triunfal simula una "invasión", los hombres simulan disparar flechas a los habitantes, mientras todos bailan en círculo. Después, los líderes hablarán y actualizarán las noticias de sus comunidades, en un debate ritualizado que se asemeja a una actuación poética improvisada. Tierra indígena yanomami. Estado de Amazonas, 2019.

Joven con arreglos de fiesta: los *pirimahiki* son tiras finas y puntiagudas de madera que se colocan como piercings alrededor de los labios y entre las fosas nasales. En sus brazos lleva arreglos de "hojas de miel" (*justicia pectoralis*) que emanan perfume. Comunidad de Surucucu. Tierra indígena yanomami. Estado de Roraima, 1998.

Elisangela en su hamaca en la choza principal de la comunidad de Piaú. Tierra indígena yanomami. Estado de Amazonas, 2019.

Ricardo, comunidad de Piaú. Tierra indígena yanomami. Estado de Amazonas, 2019.

El chamán Davi Kopenawa Yanomami – principal portavoz de los yanomamis y uno de los mayores líderes indígenas de Brasil – en una visita a la comunidad de Piaú. Tierra indígena yanomami. Estado de Amazonas, 2019.

Moko vestida para una fiesta. Comunidad de Tototobi. Tierra indígena yanomami. Estado de Amazonas, 1998.

Edneuza, de la comunidad de Piaú. Los adornos en su rostro son típicos de los grupos yanomamis. Las tiras de madera finas usadas como *piercing* son llamadas *pirimahiki*. En los brazaletes, ramas de plantas unidas a cordones de cuentas, que también se utilizan para hacer los collares que cruzan el pecho. Tierra indígena yanomami. Estado de Amazonas, 2019.

Dos hombres practican el diálogo *waymou* en el patio central de la comunidad Watoriki. Es una lengua difícil de entender, incluso para los lingüistas experimentados. La choza se construyó en la ladera de una colina, formada por una gran roca que emerge de la tierra. Tierra indígena yanomami. Estado de Amazonas, 2014.

El chamán Ângelo Barcelos (Koparihewë, que significa “jefe de canto” o “voz de la naturaleza”) de la comunidad de Maturacá, interactúa con los espíritus xapiris en visiones durante el ascenso al Pico de la Neblina, la montaña más alta de Brasil. Para los yanomamis es un lugar sagrado, denominado *Yaripo*. Tierra indígena yanomami. Estado de Amazonas, 2014.

Habitantes de Watoriki, comunidad de la región de Demini fundada por el líder Davi Kopenawa Yanomami, caminan junto a una *sumaúma* (*Ceiba pentandra*), árbol sagrado y decorado con pinturas, cerca de la choza principal. Tierra indígena yanomami. Estado de Amazonas, 2014.

Sentadas, en primer plano: Rosana, Naisa y Bete, con niños de la comunidad de Piaú. Tierra indígena yanomami. Estado de Amazonas, 2019.

MACUXI



Uno de los territorios indígenas reconocidos más antiguos de Brasil, cuya demarcación comenzó en 1919 – como revela un hito fijado en la aldea de Maturuca por el pionero del indigenismo brasileño, el general Cândido Rondon –, la tierra de los macuxis fue progresivamente expropiada a lo largo del siglo XX, ocupada por ganaderos y arroceros. Primero se hizo en forma de préstamo, luego como posesión forzosa y, finalmente, se produjo la expulsión de los indígenas de la mayor parte del territorio.

A finales de la década de 1970, los indígenas habían perdido la posesión de las tierras en favor de los ganaderos, que se negaban a

reconocer el derecho histórico de los pueblos originarios. Los indígenas vivían concentrados en aldeas, constantemente amenazados por la violencia de pistoleros armados al servicio de los propietarios de las haciendas. Fue un largo movimiento, iniciado en 1980, llamado "*Ou vai ou racha*" (¡O te vas o te echamos!) el que inició la movilización indígena y la demanda de reconocimiento de su derecho a la tierra.

En ese momento surgió un nuevo liderazgo, con el proyecto de recuperar los elementos culturales, el orgullo y la lengua. Por ello, muchos de los jóvenes líderes de aquella época siguen siendo profesores hoy en día. Prepararon a la nueva generación que recuperó el derecho a la tierra. Estas fotografías documentan aquel momento del inicio del movimiento de recuperación de los territorios.

La decisión final llegó con el reconocimiento de la tierra indígena *Raposa Serra do Sol* y su ratificación por la administración federal en

2005, y la confirmación de la decisión por el Tribunal Supremo Federal en 2009.

Como su nombre lo sugiere, la tierra indígena *Raposa Serra do Sol* está dividida en dos áreas, con climas distintos: al sur, los campos (llamados "labrado") ocupan alrededor del 70 % de la superficie; al norte, las zonas de montaña, con una selva más densa, corresponden al otro 30 % del territorio. El total de 1.747.460 hectáreas está habitado por unos 26.000 indígenas de cinco pueblos. Los macuxis, ingarikós, patamonas y taurepangs pertenecen al mismo grupo, llamado Pémon, de la lengua karib (que da nombre al Mar del Caribe donde se originó este tronco lingüístico). Los wapichanas, en cambio, hablan la lengua aruak, originaria de América Central.

Maria Delaine Alfonso da Silva, lleva escrito en su pecho el nombre de la tierra indígena que los macuxis reclamaron en su momento y que fue reconocida oficialmente en 2005. Tierra indígena de *Raposa Serra do Sol*. Estado de Roraima, 1998.

Ronaldo Almeida André Macuxi, de la aldea de Eremutaken. Tierra indígena *Raposa Serra do Sol*. Estado de Roraima, 1998.

Vista aérea de la región de Raposa Serra do Sol. En primer plano: la cascada del jaguar, en el río Maú. Al fondo, dos grandes tepuyes. A la derecha, el monte Roraima, a la izquierda el monte Kukenán. Tierra indígena de Raposa Serra do Sol. Estado de Roraima, 2018.

Esta vista aérea muestra la transición entre dos biomas típicos de la región: cuando el relieve empieza a sustituir a los campos (“labrado”). Tierra indígena *Raposa Serra do Sol*. Estado de Roraima, 1998.

Adriele da Silva André Macuxi vive en Maturucá. Territorio indígena de *Raposa Serra do Sol*. Estado de Roraima, 1998.

Valderlania Macuxi, de la comunidade de Maturucá. Tierra indígena *Raposa Serra do Sol*. Estado de Roraima, 1998.

La tierra indígena está formada por dos paisajes bien definidos, uno de sierra, con una selva más densa y otro de llanuras, caracterizadas por los campos, que en la región se llaman "labrado". Tierra indígena macuxi *Raposa Serra do Sol*. Estado de Roraima, 2018.

Un paisaje montañoso. Tierra indígena macuxi *Raposa Serra do Sol*. Estado de Roraima, 1998.

El Monte Roraima cerca de la comunidad Macuxi de Maturucá, la mayor entre las aldeas localizadas en la región de *Serra do Sol*. Tierra indígena macuxi *Raposa Serra do Sol*. Estado de Roraima, 2018.

LLUVIAS TORRENCIALES

Cuando el agua cae sobre la selva tropical



Las nubes son elementos esenciales del ecosistema amazónico. Grandes o pequeñas, suaves o amenazadoras, moviéndose en el aire o reflejándose en el agua, están siempre visibles. Incluso en la selva, donde la vegetación a veces obstruye la vista, son omnipresentes: antes de que termine el día, las lluvias torrenciales son más que probables. Ante una tormenta tropical tan temible como peligrosa, es imprescindible saber leer las nubes tanto como un mapa topográfico.

Arriba de la selva amazónica, son raros los días en los que el cielo aparece una sábana azul inmaculada o un techo gris uniforme. Las formaciones de nubes ofrecen un espectáculo en

constante cambio. Comienza por la mañana, cuando el aire caliente y húmedo emanado de la selva se encuentra con partículas minúsculas, permitiendo que el vapor se condense en gotas de agua y forme pequeñas nubes parecidas a bolas de algodón, los *aru*. Con el paso de las horas, estas formaciones ganan altura al reagruparse y, siempre que la temperatura y la velocidad del viento sean favorables, adquieren la fuerza necesaria para dar lugar a una nube tormentosa, el cumulonimbus.

Esta es, de lejos, la formación nubosa más formidable, ya que puede alcanzar varios kilómetros de altura y liberar hielo y ráfagas de 200 km/h, traspasando la selva con rayos y fuertes precipitaciones. Su poder es tal que incluso los grandes aviones hacen todo lo posible por evitarlo, los helicópteros recorren inmediatamente la selva en busca de un claro donde aterrizar y, en los ríos, las embarcaciones se apresuran a buscar refugio. En raras ocasiones, como la última vez en 2005, la tormenta es tan devastadora que puede derribar miles de árboles.

24

Lluvia sobre el encuentro del río Negro con el río Demini. Estado de Amazonas, 2019.

32

La lluvia empaña el horizonte en el parque nacional de la Serra do Divisor. Estado de Acre, 2016.

33

Una cortina blanca de lluvia sobre la sierra Parima. Reserva forestal de Parima. Tierra indígena yanomami. Estado de Roraima, 2018.

34

Lluvia intensa cayendo sobre el río Juruá, región de Tefé. Estado de Amazonas, 2009.

The rain is so intense in Serra do Divisor National Park that it evokes an atomic explosion. State of Acre, 2016.

La montaña de la sierra Imeri parece un volcán de tan densa que es la lluvia que cae sobre la región. Municipio de *São Gabriel da Cachoeira*. Tierra indígena yanomami. Estado de Amazonas, 2018.

Vistas aéreas de la región de Auaris, en la sierra Parima. Reserva forestal de Parima. Tierra indígena yanomami. Estado de Roraima, 2018.

Temporal en el bajo río Negro, cerca de la confluencia con el río Branco y el archipiélago de *Anavilhanas*. Estado de Amazonas, 2019.

Nubes oscuras de lluvia al mismo tiempo en que la evaporación de la humedad clara se eleva desde la selva. Reserva forestal de Parima. Tierra indígena yanomami. Estado de Roraima 2018.

Reserva forestal de Parima. Tierra indígena yanomami. Estado de Roraima, 2018.

Temporal en el bajo río Negro, cerca de la confluencia con el río Branco y el archipiélago de *Anavilhanas*. Estado de Amazonas, 2019.

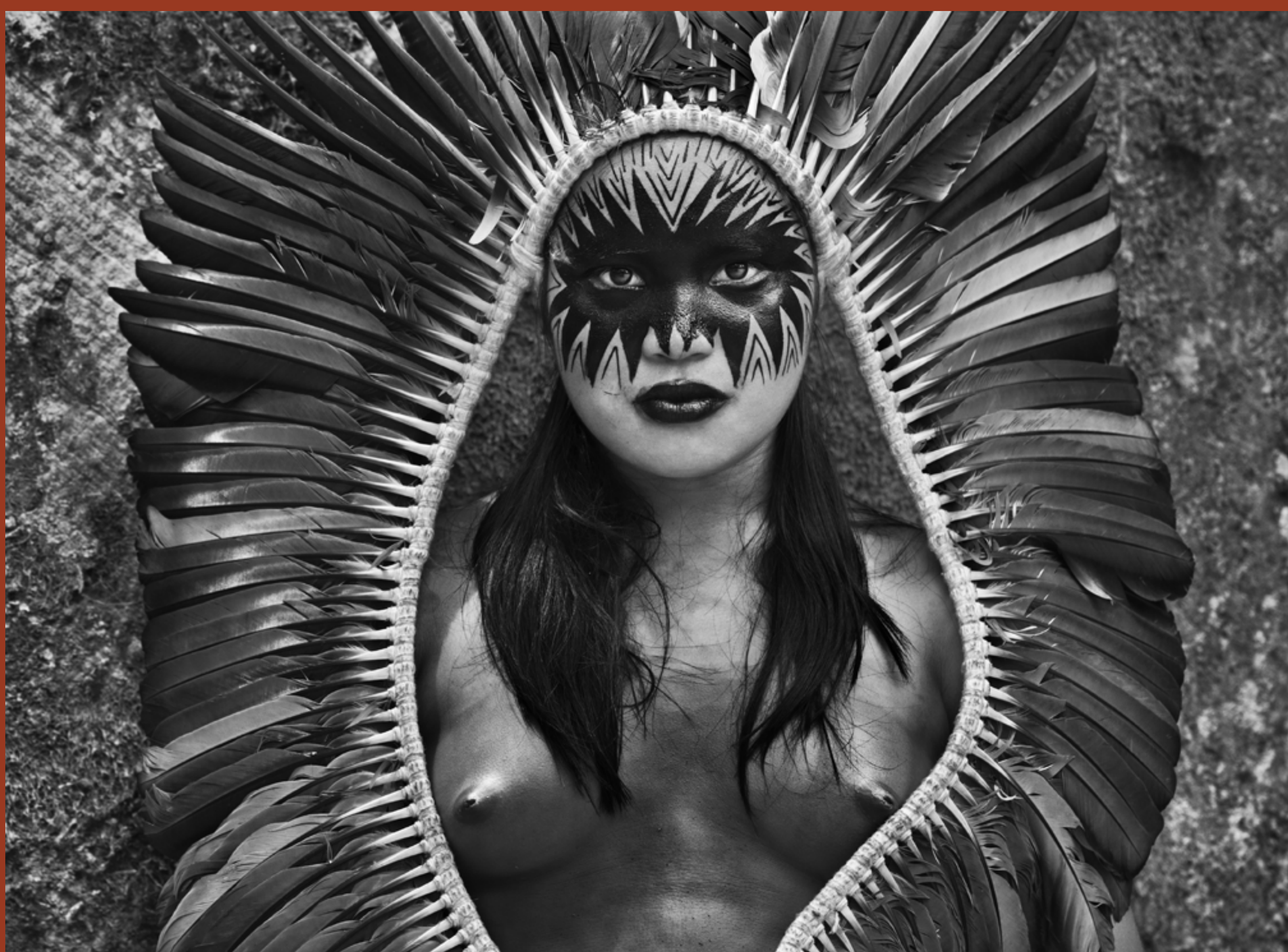
Arcoíris sobre la región de Tucuxim. Reserva forestal de Parima, tierra indígena yanomami. Estado de Roraima, 2018.

Igarapé Inajá y la lluvia al fondo, sobre la región de Auaris. Reserva forestal de Parima. Tierra indígena yanomami. Estado de Roraima, 2018.

Un arcoíris se forma durante la lluvia que cae intensamente en la región de Auaris, en la sierra Parima. Reserva forestal de Parima, tierra indígena yanomami. Estado de Roraima, 2018.

Región de *São Gabriel da Cachoeira*. Tierra indígena yanomami. Estado de Amazonas, 2018.

YAWANAWÁ



En unos 50 años, los yawanawás han pasado de la invisibilidad absoluta a un período de gran exuberancia cultural, convirtiéndose en una referencia para el mundo en términos de vida sostenible en armonía con la cultura indígena. En 1970, su comunidad no contaba con más de 120 miembros, con un índice muy elevado de alcoholismo y la consiguiente descomposición social y cultural, hasta el punto de que su lengua estaba en peligro de extinción. Eran presionados para no utilizar el idioma frente a los no indígenas, principalmente por parte de los propietarios de las plantaciones de caucho, que dominaban las selvas de Acre desde finales del siglo XIX y los trataban como esclavos. El objetivo

era evitar que la lengua revelara la existencia de indios capaces de reivindicar la propiedad de la tierra. Otra amenaza era la misión evangélica que había impuesto el culto cristiano, cuyos religiosos acusaban a los ritos tradicionales indígenas de ser "diabólicos".

“Nuestra lengua fue prohibida, solamente los viejos la conocían, los niños sólo aprendían el portugués. Nuestras creencias y tradiciones eran consideradas diabólicas por los misioneros, y muchos de nosotros lo creíamos. Empezamos a vivir como esclavos en nuestro trabajo y en nuestra cultura”, dice Biraci Brasil Yawanawá, conocido como Bira, que a principios de los años 90 asumió el liderazgo del grupo. El nuevo líder pronto expulsó la misión religiosa, eliminó las biblias, restableció la enseñanza de la lengua tradicional, del tronco Pano y comenzó a incentivar el estudio de los mitos e historias antiguas, como forma de reconectar a las nuevas generaciones con los conocimientos y recuerdos de los mayores. En tres décadas, la población se ha

multiplicado por diez y hoy hay unos 1.200 indígenas. Los yawanawás se han convertido en la prueba viviente de que los indígenas, en control de sus tierras, pueden combinar la cultura tradicional con el emprendimiento. Han recuperado la tradición de los rituales antiguos y hablan la lengua ancestral, pero se conectan al mundo contemporáneo mediante smartphones y ordenadores, a través de antenas wifi instaladas en las aldeas.

Uno de los aspectos marcantes de la recuperación de sus antiguas tradiciones es el arte plumario: los yawás producen algunos de los más elegantes trabajos con plumas de toda la Amazonia. En su mayoría, son hechos de plumas blancas de águila, considerada como un animal sagrado.

María Yawanawá, con el cuerpo pintado de oscuro sostiene una olla de barro. Aldea Mutum. Tierra indígena del *Rio Gregório*. Estado de Acre, 2016.

Miró (Viná) Yawanawá haciendo adornos de plumas, una de las artes que un principiante debe aprender a dominar. Tierra indígena del Rio Gregório. Estado de Acre, 2016.

Biraci Brasil (Nishiwaká), líder de los yawanawás del alto río Gregório, con Tênpu al fondo, Tchanu y João arrodillados quemando sepá (resina del árbol *Protium*), para un ritual en la Aldea Sagrada. Tierra indígena del Rio Gregório. Estado de Acre, 2016.

Biraci Brasil (Nishiwaká) en el centro, líder de los yawanawás del alto río Gregório, con su hijo Shanãihu, a la izquierda y su sobrino Tãikuru, a la derecha, de la aldea Nova Esperança. Tierra indígena del *Rio Gregório*. Estado de Acre, 2016.

Miró (Viná) con sombrero adornado con pico de águila (que llaman "águila real"). Tierra indígena yawanawá del *Rio Gregório*. Estado de Acre, 2016.

Keiá Yawanawá, de la aldea Mutum, pinta la espalda de la joven Kanamashi de la aldea Amparo. El adorno en forma de flor que lleva en la cabeza está hecho de plumas de ave. Aldea Mutum. Tierra indígena yawanawá del *Rio Gregório*. Estado de Acre, 2016.

Kanamashi Yawanawá, hija de Toata, de la Aldea Amparo. Tierra indígena del *Rio Gregório*. Estado de Acre, 2016.

Bela Yawanawá, de la aldea Mutum, con tocado y la cara pintada. Tierra indígena del *Rio Gregório*. Estado de Acre, 2016.

Alzira, aldea Mutum. Tierra indígena yawanawá del *Rio Gregório*. Estado de Acre, 2016.

Adão Yawanawá con un tocado de plumas de águila y una pintura hecha con el fruto del jenipapo (*Genipa americana*) en la cara. Aldea Nova Esperança. Tierra indígena yawanawá del *Rio Gregório*. Estado de Acre, 2016.

El chamán Tatá, una de las mayores autoridades de la comunidad yawanawá, en una ceremonia de ayahuasca. Aldea Mutum. Tierra indígena del Rio Gregório. Estado de Acre, 2016.

Shaná Yawanawá (arriba a la derecha) con su esposa Taiana a su lado y sus hijos (de izquierda a derecha): la niña Makashê y los niños Verás y Tauás, todos de la aldea de *Nova Esperança*. Tierra indígena del *Rio Gregório*. Estado de Acre, 2016.

Manda Yawanawá, daughter of Jeré (Yawakashahu) Yawanawá, from the village of Escondido. Rio Gregório Indigenous Territory, State of Acre, 2016

MARUBO



Al igual que otros pueblos indígenas del extremo oeste de la Amazonia, los marubos tienen en su mitología una fuerte influencia del recuerdo de sus relaciones con el Imperio inca. Varias narraciones míticas hablan de los viajes de sus antepasados en busca de bienes entre los incas, como piedras, tan raras en la región del Valle del Javari, de suelo arenoso, donde habitan. Tal vez deban su propio nombre a esta relación con los incas: la palabra marubo no tiene ningún significado en su lengua, de la familia pano, una explicación de su existencia es que sería una corruptela del quechua "Mayoruna", pueblo del río, que también servía para designar a sus vecinos los matsés.

Los marubos viven en casas comunitarias, *malocas* de formato ovalado localizadas en el centro de la aldea. Toda casa marubo posee un “dueño” o líder de la comunidad, que fue también el responsable por su construcción y por el mantenimiento de su estructura. Su familia ocupa los espacios más próximos a la entrada principal, lo que lo hace también una especie de guardián de la casa.

Actualmente, la población marubo cuenta con un poco más de 2.000 indígenas. La tierra indígena Valle del Javari, donde habitan, es una de las más grandes de Brasil, con 8,5 millones de hectáreas y alberga otros grupos étnicos diferentes: korubo, matis, matsés, katukina y diversos grupos aislados.

La experiencia de convivencia de más de un siglo con los no indígenas se incorpora a la formación de los jóvenes marubos, para quienes aprender bien el portugués forma parte importante de la madurez. Por eso, muchos acababan haciéndose traductores e intermedia-

rios en la relación con agentes del Estado (como enfermeros en los puestos de salud indígena, por ejemplo) y en apoyo a las acciones de los órganos indígenas, como lo demuestra su constante participación en las expediciones de contacto con otros grupos étnicos de la región.

De camino a una pesca colectiva en el río Curuçá: Vinãeua, en primer plano a la derecha. Aldea Marubo de Maronal. Tierra indígena marubo del Valle del Javari. Estado de Amazonas, 1998.

Vista aérea de la comunidad Marubo de Maronal: los marubos viven en grandes casas comunales, pero mantienen pequeñas chozas alrededor de la choza principal, en las que guardan utensilios, máscaras rituales o armas de fuego. Tierra indígena marubo del Valle del Javari. Estado de Amazonas, 1998.

Akõ-Ewa, esposa del cacique Ivinimpa, teje hilos de algodón con un huso. Aldea Maronal. Tierra indígena marubo Valle del Javari. Estado de Amazonas, 1998.

Lluvia intensa en la aldea Mati-këyawaiá. En el centro, la choza de Mesempapa. Tierra indígena marubo del Valle del Javari. Estado de Amazonas, 2018.

Shanko Ewa y su hijo Shanko en la cocina de la choza principal de la aldea Maronal del cacique Ivinimpa Marubo. Tierra indígena marubo del Valle del Javari. Estado de Amazonas, 2018.

La joven Ino Tamashavo, con un loro. Sus exuberantes collares blancos, hechos de conchas de caracol de río, recorren su nariz y otras partes de su cuerpo. Los indios crían pájaros y otros animales como mascotas. Tierra indígena marubo del Valle del Javari. Estado de Amazonas, 1998.

Interior de la choza principal de la aldea de Marubo Maronal. Esta es la choza de Ivinimpa (cacique de la aldea): los gruesos alambres se utilizan para colgar plátanos. A la derecha, fardos de maíz que pueden almacenarse durante mucho tiempo ya que no se descomponen en ese ambiente. Tierra indígena marubo del Valle del Javari. Estado de Amazonas, 2018.

Têtê-Shavô, en la aldea Morada Nova. El hecho de que utilice su nombre de nacimiento demuestra que aún no ha tenido un hijo. Tierra indígena marubo del Valle del Javari. Estado de Amazonas, 2018.

Cerca de la aldea Maronal. En primer plano: Txomãewa, con la mano en el agua. En el fondo: Vonchi Peko, Txonani Ewa, Kena, Paichi, Rao. Tierra indígena marubo del Valle del Javari. Estado de Amazonas, 1998.

Txô-Vanëmpa, al fondo, acompaña a tres mujeres: Pei Ewa, Choi Ewa y Shankka, que llevan racimos de plátanos. Aldea Maronal. Tierra indígena del Valle del Javari. Estado de Amazonas, 1998.

En el camino de regreso de las labores agrícolas a la aldea Marubo de Maronal, esta familia pasa junto a las raíces de un gran árbol *samaúma* (*Ceiba pentandra*). Tierra indígena marubo del Valle del Javari. Estado de Amazonas, 2018.

Sína, de la aldea Maronal, es profesor. Su pintura corporal, hecha de jenipapo (mezclado con cenizas para fijarlo), se utiliza en las fiestas de la picadura de la avispa (marimbondo) para eliminar la panema (mala suerte o pereza). La pintura roja, hecha de urucum, se utiliza en las fiestas del maíz y en la guerra. Tierra indígena marubo del Valle del Javari. Estado de Amazonas, 2018.

En mis visitas a los indígenas, siempre llevaba una tela -de 6 x 9 m- en una bolsa grande para que me sirviera de fondo en las sesiones de retratos. Con mis asistentes, montábamos nuestro “estudio” bajo la sombra de los árboles. Cubríamos el suelo con una lona de 7 x 10 m, que protege contra la humedad de la tierra y, si comenzase a llover, era posible enrollarla rápidamente. Esas fotos muestran a los indígenas en toda su belleza y elegancia únicas, separándolos de la exuberancia de la selva. A veces, se vestían para la ocasión, y aquí “vestir” significa pintar el cuerpo, usar tocado de plumas y sostener un mono o un arma. Normalmente, muchas de las actividades de una comunidad indígena se producen en campamentos de pesca o de caza, lejos de las aldeas. Pero a su regreso, durante sus días de descanso, me sentaba todo el día cerca del estudio, esperando que, aquellos que quisieran, vinieran a ser fotografiados de esta forma especial

Sebastião Salgado

Estudio ubicado en la aldea marubo de Mati-Këyawaia, en el Valle del Javari, Estado de Amazonas, 2018.

El joven líder Wino Këyashëni (Beto Marubo). Su cuerpo está pintado con una mezcla de jenipapo (fruto del árbol *Genipa americana*) con cenizas para que quede fijado. La pintura es usada en fiestas de la picadura de avispa (marimbondo) para eliminar la panema (mala suerte o pereza). Aldea Maronal. Tierra indígena marubo del Valle del Javari. Estado de Amazonas, 2018.

MONTAÑAS

De las llanuras a los relieves inimaginables



La cordillera que regula la vida de la Cuenca Amazónica se encuentra más allá de la frontera occidental de Brasil. Pero, aunque los Andes proporcionan la mayor parte del agua que alimenta al Amazonas a través de cientos de afluentes, Brasil también tiene montañas.

La Sierra Imeri, la mayor cordillera del país, funciona casi como una frontera natural con Venezuela, en el extremo norte del estado de Amazonas. Su punto más alto es la empinada cumbre del Pico de la Neblina que, con más de 3.000 metros, es la montaña más alta de Brasil. Como su nombre lo sugiere, suele estar envuelta en nubes, lo que hace que su ascenso sea resbaladizo y peligroso. Cerca de

allí, el Pico 31 de Marzo alcanza una altitud de casi 2.900 metros. Y, en la misma región, el Pico Guimarães Rosa, bautizado en homenaje al famoso escritor brasileño, está a 2.105 metros encima del nivel del mar. Lo que llama la atención de estas montañas es la selva tropical que cubre sus primeras laderas, cuya vegetación va escaseando hasta que se interrumpe con la roca desnuda.

En el estado oriental de Roraima, el Monte Roraima, perteneciente a la sierra de Pacaraima, es una formación geológica completamente diferente. Con 2.800 metros de altura, esta montaña del altiplano situada en la frontera de Brasil con Guyana y Venezuela entra en la categoría de los tepuyes, que albergan plantas y especies endémicas.

El Parque Nacional de la Serra do Aracá protege una cordillera de belleza excepcional. Localizada a unos 400 kilómetros al noroeste de Manaus, se destaca majestuosamente sobre la selva. Su relieve accidentado, compuesto

principalmente por tepuyes, alcanza más de 1.700 metros. Es aquí donde encontramos las cascadas de Eldorado y del Desabamento, las más altas de Brasil, donde el agua cae por la cara desnuda de la montaña por 360 metros.

Monte Roraima, localizado en la triple frontera entre Brasil, Venezuela y Guyana. Tierra indígena *Raposa Serra do Sol*. Estado de Roraima, 2018.

Sierra de Marauiá. Tierra indígena yanomami. Municipio de São Gabriel da Cachoeira. Estado de Amazonas, 2018.

Las nubes cubren los picos, por eso el nombre de sierra de la Neblina, que es parte de la sierra Imeri, en la tierra indígena yanomami. Municipio de *São Gabriel da Cachoeira*. Estado de Amazonas, 2018.

Sierra de Marauiá. Tierra indígena yanomami. Municipio de *São Gabriel da Cachoeira*. Estado de Amazonas, 2018.

El Pico de la Neblina, que se eleva a 3.107 metros, es la montaña más alta de Brasil y forma parte de la sierra Imeri. Sobresale de la selva como una roca irregular, aunque a menudo está envuelta en nubes, como su nombre indica. Tierra indígena yanomami. Municipio de *São Gabriel da Cachoeira*. Estado de Amazonas, 2009.

Monte Roraima. Parque nacional del monte Roraima. Tierra indígena *Raposa Serra do Sol*. Estado de Roraima, 2018.

Monte Roraima, localizado en la triple frontera entre Brasil, Venezuela y Guyana. Tierra indígena *Raposa Serra do Sol*. Estado de Roraima, 2018.

Sierra Imeri, en la tierra indígena yanomami. Municipio de *São Gabriel da Cachoeira*. Estado de Amazonas, 2018.

El Pico de la Neblina, que se eleva a 3.107 metros, visto desde la selva durante la caminata de ascenso a la cumbre. Es la montaña más alta de Brasil y forma parte de la sierra Imeri. Sobresale de la selva como una roca irregular, aunque a menudo está envuelta en nubes, como su nombre indica. Tierra indígena yanomami. Municipio de *São Gabriel da Cachoeira*. Estado de Amazonas, 2014.

XINGU



El Parque de Xingú es el territorio indígena más conocido en Brasil y en el mundo, consagrado por las imágenes de sus fiestas y la influencia sobre la literatura brasileña a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XX. Fue la primera gran reserva indígena creada en el país para proteger a un conjunto de diferentes etnias.

En el territorio indígena de xingú (su nombre oficial), localizado en el actual Estado de Mato Grosso, viven cerca de 6.000 indígenas de 16 grupos étnicos, pertenecientes a cinco troncos lingüísticos. Esta vasta área se sitúa entre dos biomas distintos, la Amazonia y el Cerrado, lo que le confiere características

de ambos, principalmente la diversidad de la fauna y la exuberancia de la selva. Pero el régimen de lluvias y sequías es más acentuado que en la selva tropical del norte.

Las aldeas son formadas por casas comunales dispuestas en un perímetro ovalado, en torno a una plaza de tierra apisonada. En el centro de la plaza queda la “Casa de los hombres”, donde son guardadas las flautas sagradas, que las mujeres tienen prohibido ver. Por eso, son tocadas apenas dentro de este ambiente menor o a la noche, cuando las mujeres se retiran. La plaza es el local de eventos públicos: las fiestas, los entierros de los muertos, los discursos de los líderes y los combates ceremoniales.

El sistema de integración cultural, con una división social de la producción de bienes, hace que cada grupo sea identificado por la creación más sofisticada de objetos, deseados por todos, como la cerámica de los waurás, los arcos y flechas de los karmaiurás, el collar

de caracoles de los kuikuros y la sal de los awetis y mehinakos. Esos productos son negociados en los rituales de intercambio llamados *moitarás*, que suceden al final de las grandes fiestas.

Esas grandes celebraciones son la afirmación más visible de las armónicas relaciones entre los habitantes del Alto Xingú. Las fiestas del *Kuarup*, *Javari* y *Yamurikumã* promueven grandes reuniones de habitantes de varias comunidades en rituales conjuntos, en los cuales las mitologías de cada pueblo se mezclan en argumentos similares.

Cacique Kotok, líder de los kamayurá. Tierra indígena de xingú. Estado de Mato Grosso, 2005.

Yakuikatu (en kuikuro se pronuncia “jacuí-catu”): los guerreros visten los disfraces rituales para la fiesta de las máscaras. Aldea Kuijuro. Tierra indígena de xingú. Estado de Mato Grosso, 2005.

Cacique Afukaká, principal líder de la etnia kuikuro. Tierra indígena de xingú. Estado de Mato Grosso, 2005.

Guerreros kuikuro desfilan en el centro de la aldea durante un Kuarup. Tierra indígena de xingú. Estado de Mato Grosso, 2005.

Chamanes Kamayurá: de pie, al fondo (de izquierda a derecha): Pirakumã, Kanari, Kanutari, Kalalawá y Pataku; sentados: Akut-sapÿ, Takumã y Makari. En la tradición cultural kamayurá, solamente los pajés (chamanes) fuman tabaco, que es plantado por ellos mismos. Tierra indígena de xingú. Estado de Mato Grosso, 2005.

Al amanecer, los waurás salen en canoas para recoger la "red de espera" que pasó la noche en el agua para capturar peces. Durante las grandes fiestas, las comunidades producen gran cantidad de comida extra para recibir y alimentar a los visitantes de otros pueblos y también para el viaje de vuelta a sus aldeas. Tierra indígena de xingú. Estado de Mato Grosso, 2005.

Dos hombres de la etnia kuikuro tiran la red de pesca en la laguna cercana a su aldea, como parte de los preparativos para la ceremonia fúnebre del Kuarup. Tierra indígena de xingú. Estado de Mato Grosso, 2005.

La familia preparada para la fiesta de las mujeres, Yamurikumã: la chamana Mapulu, de pie con su hijo Takumalu en el regazo; sentado, su marido 'Raúl' Awirinapu, junto a su hija Kailu. Pueblo de Kamayurá. Tierra indígena de xingú. Estado de Mato Grosso, 2005.

Tras un año de reclusión, la niña kuikuro tiene la piel blanca, por no haber tomado sol y el pelo largo, sin cortar, hasta el punto de que el flequillo le cubre la cara. Después de pasar un año en la oscuridad, su pelo será abierto gradualmente para no dañar su retina. Espera ser buscada por los guerreros que, tocando flautas, la conducirán al desfile ante los invitados del Kuarup, marcando el fin de su reclusión. Pueblo de Kuikuro. Tierra indígena del xingú. Estado de Mato Grosso, 2005.

Preparación para la fiesta de las mujeres, Yamurikumã, en la aldea kuikuro. Tierra indígena de xingú. Estado de Mato Grosso, 2005.

Rosana Kaitsalô Kamayurá es pintada durante la preparación de la fiesta de las mujeres, Yamurikumã. Tierra indígena de xingú. Estado de Mato Grosso, 2005.

Mientras se prepara para asistir a la fiesta de las mujeres, Yamurikumã, Mayaru Kamayurá se pinta el cuerpo atado con bandas blancas que resaltan sus músculos. Tierra indígena de xingú. Estado de Mato Grosso, 2005.

Kuarup en la aldea waurá: guerreros se enfrentan en una lucha huka-huka. Durante las festividades, miembros de la aldea compiten con los visitantes. Vence la lucha el guerrero que toque la parte posterior de la pierna de su oponente o, mejor todavía, quien lo derribe. Territorio indígena de xingú. Estado de Mato Grosso, 2005.

AWÁ-GUAJÁ



Los awá-guajás son un pueblo indígena de bajo contacto, casi “aislado”, viviendo en Maranhão, estado que en las últimas décadas sufrió una intensa explotación maderera ilegal. Su nombre mezcla la identificación oficial, Guajá y su autodenominación, Awá. Los estudios de etnolingüística indican que ellos habitaban un territorio del actual estado de Pará, al oeste, cuando integraban un mismo grupo de lengua tupí-guaraní con los indígenas guajajara y tenetehara. A principios del siglo XIX, se separaron y migraron para el este, en dirección a Maranhão. Hoy, viven en dos tierras indígenas (Alto Turiaçu y Caru) que dividen con otras etnias de contacto más intenso: ka’apor, timbira y guajajara.

La devastación de sus tierras comenzó tras el descubrimiento de vastos depósitos de mineral de hierro, en la década de 1970. El gobierno brasileño construyó un sistema ferroviario y de carreteras que cortaban la tierra de los awás, para transportar el mineral de hierro de la Sierra de Carajás para la costa. Millares de invasores ilegales ocuparon la región, y muchas familias awás fueron brutalmente masacradas.

Después de casi cincuenta años de invasión del territorio por madereros ilegales, con su territorio reduciéndose, entidades de defensa de los indígenas denunciaron su extinción y la "ocurrencia de un genocidio". Hoy, el grupo de los awá-guajás no pasa de 450 miembros, entre los cuales aproximadamente una centena viven aislados. La ONG británica Survival International los considera como la "tribu más amenazada de la tierra".

De derecha a izquierda: Typaramatxia Awá, Pira-y-ma-a Awá, Maiakatan Awá, Yui Awá, Yhara Awá, Kiripy-tan Awá, Makoray Awá, Tikakoa Awá y Takuary Awá recorren la selva buscando las marcas en el suelo dejadas por los invasores y madereros que violan su territorio. Tierra indígena awá-guajá. Estado de Maranhão, 2013.

Niños jugando en el río Carú, cerca del pueblo de Juriti. Tierra indígena awá-guajá. Estado de Maranhão, 2013.

Comunidad indígena awá de la aldea de Juriti en un campamento de caza cercano al río Carú. Tierra indígena awá-guajá. Estado de Maranhão, 2013.

Mituruhum mató un cuatí (*Nasua nasua*). Durante la expedición de caza, los miembros de la comunidad awá-guajá encontraron el rastro hecho por los tractores de los madereros ilegales, que invaden la selva del territorio awá, talan los árboles y roban la madera para exportación. Tierra indígena awá-guajá. Estado de Maranhão, 2013.

Typaramatxia Awá (en primer plano) y Kiri-pytan (al fondo), durante una cacería. Typaramatxia lleva un mono, un cuxiú negro (*Chiroptes satanas*), que acaba de cazar con arco y flecha. La carne de mono es una de las más apreciadas por muchas de las culturas indígenas del Amazonas. Los animales viven en las copas de los árboles y, para llegar a ellos, los cazadores awá tienen que trepar y avanzar en un precario equilibrio sobre ramas de más de 30 metros de altura. Llaman a sus presas imitando sus gritos y agitan las pequeñas ramas. Deben dar en el blanco con la primera flecha o las pierden. Tierra indígena awá-guajá. Estado de Maranhão, 2013.

Amapyranawin Awá en la aldea de Juriti con su mono tití (*Saguinus niger*) como mascota. Los indios de la Amazonia suelen cuidar a las crías de los animales cazados como si fueran miembros de la familia. Este hábito es aún más intenso entre los de origen tupí-guaraní, la cultura que dio al portugués la palabra *xerimbabo* o animal de cría. Tierra indígena awá-guajá. Estado de Maranhão, 2013.



El pueblo indígena zo'é vive en las selvas del estado de Pará, al norte del río Amazonas, más preservadas que aquellas en la orilla sur, que están sufriendo un acelerado proceso de devastación. Allí, casi en la frontera entre Brasil y las Guayanas, el relieve es elevado y de difícil acceso por río o tierra. Su territorio tiene una superficie de 624.000 hectáreas. El 22 de diciembre de 2009 esta tierra fue reconocida oficialmente como reserva indígena protegida.

Los zo'és hablan una lengua del tronco tupi-guaraní. No se denominaban zo'é cuando comenzaron a convivir intensamente con los “blancos”, en la década de 1980.

La palabra, que quiere decir “nosotros”, se usaba para decir “somos gente”. Pero el uso recurrente de la expresión acabó convirtiéndose en un término de autodefinición, que llevó a entender la diferencia entre ellos y los otros pueblos con los que han convivido desde entonces: los “no indígenas”, que ellos llaman de *kirahi*.

Como muchos otros pueblos originarios de América, los zo'és creen que, al principio de los tiempos, otros animales, como los jaguares, también eran personas. Este aspecto humano presente en los animales es el que hace que rindan homenaje a las cacerías: los cerdos muertos reciben castañas en sus bocas cuando llegan a la aldea, porque se los considera invitados de honor al banquete en el que serán comidos.

Las mujeres usan collares finos hechos de conchas de caracol y también hermosas diademas de plumas blancas del pecho de los buitres reales. Estas aves son capturadas

por los hombres y se mantienen atadas a una correa como mascotas. Cuando regresan de sus expediciones de caza, los zo'és alimentan primero a los buitres, para que se mantengan sanos y puedan proporcionar las plumas utilizadas para las coronas de las mujeres.

Los zo'és son los únicos indígenas de Brasil que llevan el *poturu*, un disco de madera en el labio inferior. *Poturu* es el nombre de la madera que utilizan para esta enorme perforación que es su rasgo distintivo. El liderazgo se ejerce de forma sutil, casi imperceptible para el observador extranjero.

Hombres de la etnia zo'é, residentes en la aldea de Towari Ypy, con tocados tradicionales. De pie, de izquierda a derecha: Biri, Xú, Sintera'ýt, Kurú, Boaté. Sentados: Kitá, Dirik, Tuwáj y Toduá. En su lengua, "zo'é" significa "soy yo". Probablemente utilizaron la expresión en el momento del contacto inicial para decir "somos personas". Tierra indígena zo'é. Estado de Pará, 2009.

KujãiKwét Zo'é al regresar de una expedición de pesca en el río Cuminapanema. Tierra indígena zo'é. Estado de Pará, 2009.

Tapesét Zo'é lleva a su hija Are'án durante el trayecto entre la base de la FUNAI (Fundación Nacional del Indio) y la aldea de Naret, donde viven. Los zo'é recorren a menudo su selva para hacer visitas a las comunidades en expediciones de caza o pesca o incluso para recoger nueces de Brasil, uno de sus principales alimentos. Tierra indígena zo'é. Estado de Pará, 2009.

Familia de Ypó y Tatytyú Zo'é, de izquierda a derecha: Ypó, Tatytyú, Abú, Tamuatá y Urumuruí durante una caminata de seis días desde la aldea de Towari Ypy hasta el río Cumina-panema, en una expedición de pesca. Tierra indígena zo'é. Estado de Pará, 2009.

Teré Zo'é y Kewá Zo'é con aves criadas como mascotas. Algunas crías de pájaros, monos, tortugas e incluso pecaríes se convierten en *xerimbabos* (animales domésticos) de los zo'é, criados como hijos de la casa. Tierra indígena zo'é. Estado de Pará, 2009.

Sentados, de izquierda a derecha: Debú, Seí, Araturú, Seró. De pie: Husã raijýt y Musã raijýt pintando sus cuerpos con urucum. Normalmente, las mujeres zo'é utilizan urucum (*Bixa orellana*), el fruto rojo del árbol del urucum, para colorear su cuerpo y también para cocinar. Tierra indígena zo'é. Estado de Pará, 2009.

Aratá Zo'é, el marido de Tapesét, es un gran cazador. Aquí lo vemos cazando monos. Los zo'é son poliándricos (las mujeres tienen varios maridos) y polígamos (los hombres tienen varias esposas). Tienen una forma especial de resolver las tensiones entre ellos, con cosquillas y humor, como una manera de suavizar los conflictos. Tierra indígena zo'é. Estado de Pará, 2009.

Kurupáj Zo'é cazando un mono. Después que el mono es herido y, como a menudo no cae, el cazador debe subir al árbol para recoger la presa. A veces el mono sólo está lastimado y el cazador tiene que matarlo en el árbol. Los cazadores suben con sus arcos y flechas para seguir cazando arriba. Kurupáj está a punto de saltar de un tronco a otro porque el mono ya pasó para otro árbol. Tierra indígena zo'é. Estado de Pará, 2009.

En primer plano, los hombres adultos Háj Zo'é y Sinérayt Zo'é chequean sus flechas después de una jornada de pesca con arco. Entre ellos, la niña Wyréhehéj los observa. Los zo'é utilizan habitualmente más tipos de flechas que otros grupos indígenas de la Amazonia. Tierra indígena zo'é. Estado de Pará, 2009.

KujáKwet Zo'é observa como son cocinados los koatás (mono araña de cara negra, *Ateles belzebuth*) después de la caza. Aunque las comidas son preparadas por cada familia, son momentos de convivencia y de compartir. Las personas comen en sus chozas, pero también van de una choza a otra y comen un poco aquí y un poco allá. Tierra indígena zo'é. Estado de Pará, 2009.

El niño de la derecha es Didéri Tenóm Zo'é (con un amigo), bañándose en el río Kiaré, cerca del pueblo de Kejá. Tierra indígena zo'é. Estado de Pará, 2009.

Cuatro mujeres zo'é juegan mientras se bañan en los rápidos del río Kiaré, cerca de la aldea Kejá. De derecha a izquierda: Kujãikwét, Tatyú, Bohé y otra mujer. Tierra indígena zo'é. Estado de Pará, 2009.

SURUWAHÁ



Instalados en el Estado de Amazonas, los suruwahás escogieron vivir en una situación de casi total aislamiento, y por eso mantienen sus tradicionales prácticas culturales extremadamente preservadas.

Los indígenas producen todo el alimento que consumen, con técnicas agrícolas mejoradas. Para cazar, usan armas tradicionales, el arco y la cerbatana, con flechas de puntas envenenadas. Son especialistas en el uso de venenos. Ellos no tienen líderes oficiales, pero los mejores cazadores de tapires son considerados como *madi iri karuji*, “personas de valor”, y admirados en proporción a los números de sus presas.

Su cuerpo fuerte es una señal de salud que buscan resaltar. La fuerza muscular se pone de manifiesto en las actividades colectivas, como en el ritual de llevar la mandioca rallada de la choza hasta el río para que fermente. Entre 600 y 800 kilos de mandioca pelada son cargados en un inmenso cesto, o alforja, de cerca de 2,5 metros de altura.

Los suruwahás tienen un alto índice de suicidios, provocados por la ingestión de timbó (*derris elliptica*), sustancia altamente tóxica, usada por indígenas para la pesca. Según su mitología, la vida es simplemente arrebatada por el espíritu agresivo de la planta. La mayor parte de los casos ocurre entre indígenas de 14 a 28 años, en pleno vigor físico. Los suruwahás creen en la existencia de tres cielos o planos para donde van los muertos. Aquel donde la vida es más favorable reúne a los que mueren fuertes y saludables. Los otros dos acogen a los que fueron picados por serpientes y a los que fallecen de viejos.

Pesca usando el *timbó* (*Derris elliptica*), llamado kunaha, en el arroyo Pretão, al que los indios llaman Jukihi: desde sus canoas, los suruwahás esparcen la sustancia tóxica que paraliza a los peces en zonas de aguas poco profundas o encharcadas, especialmente durante la estación seca (de marzo a septiembre). Tierra indígena suruwahá. Estado de Amazonas, 2017.

Mujeres y niños suruwahá: a la izquierda, con la cara pintada de jaguar, Amiahini amamanta a su bebé; más al fondo, Mawini; a su izquierda, sentada, Kuxuma sostiene a su bebé; a su izquierda, de pie, Tiabariu, con cara de jaguar, sostiene a su hijo; a su izquierda, Atuniani abraza a su hijo. De pie, en el fondo, Hatiri es la más alta. Tierra indígena suruwahá. Estado de Amazonas, 2017.

Musy dando forma a un *jawari*, una vasija de barro para el agua. Tierra indígena suruwahá. Estado de Amazonas, 2017.

Kwakway trabaja en la terminación del techo de paja de su choza. El tejado será colocado íntegramente por el "propietario" de la casa, que le dará su nombre. Los suruwahás viven juntos varios meses del año. Colocar el techo puede llevar hasta tres años de trabajo de un solo hombre. Tierra indígena suruwahá. Estado de Amazonas, 2017.

En primer plano y en el centro Kwakway. A su derecha Baxihywy y Warubi. Tierra indígena suruwahá. Estado de Amazonas, 2017.

El niño de la izquierda es Gabriel, hijo de Naru y Kuxuma; en el centro, delante, el otro niño es su primo Pikiami, hijo de Kawyrara y Diadiau; detrás, de izquierda a derecha, Niaxixibu, hijo de Agunasihini y Harakady; Giani; Hymanai y Jajawai. Tierra indígena suruwahá. Estado de Amazonas, 2017.

La joven Hatiri se está bañando en un embalse del arroyo Pretão, que los indios llaman Jukihi. Tierra indígena suruwahá. Estado de Amazonas, 2017.

LA SELVA

Fuente de miedo y de inspiración



Desde la colonización de Brasil por Portugal, la Amazonia fue apodada como “Infierno verde”, una selva impenetrable y empapada que ofrecía al explorador nada más que peligros. Los que sobrevivieron se hicieron famosos por sus relatos, desde el conquistador español Francisco de Orellana, pasando por el explorador alemán Alexander von Humboldt hasta Theodore Roosevelt y el Mariscal Cândido Rondon, cartógrafo del ejército brasileño, considerado como el mayor protector de los indios en Brasil. Pero muchas expediciones, especialmente las que esperaban encontrar oro en la mítica ciudad perdida de El Dorado, jamás retornaron. Algunos exploradores pueden haber sido asesinados

por poblaciones locales o sucumbido a las picaduras de serpientes o al hambre. Otros, incluso, y en un número sorprendentemente elevado, optaron por establecerse con los indígenas para compartir su bucólico estilo de vida.

Hoy en día, la selva tropical goza de una imagen menos ofensiva, incluso romántica, de "paraíso verde" en un patrimonio natural extraordinario, con una de las mayores concentraciones de especies botánicas del planeta, con una riqueza de 16.000 especies arbóreas e innumerables plantas con notables propiedades medicinales. Además, esta incomparable densidad vegetal permite a la selva absorber los gases del efecto invernadero y liberar oxígeno. Y también alberga cientos de comunidades indígenas, algunas de las cuales no han tenido ningún contacto externo hasta la fecha.

Los ríos proporcionan a estas comunidades los principales alimentos ricos en proteínas,

pero ellas aprendieron a mantenerse distantes de las zonas de inundación naturales, que a veces son invadidas hasta 100 kilómetros durante la temporada de crecidas. Las aguas que engrosan la red fluvial llegan a la llanura entre abril y junio procedentes en su mayoría del deshielo y de las lluvias de los Andes. Las inundaciones resultantes son un recordatorio constante de que en el pasado, la mayor parte de la cuenca del Amazonas estaba bajo el agua.

Vista aérea de árboles típicos de la selva Amazónica. Estado de Pará, 2009.

Selva de igapó. En primer plano, una palmera *jauari* (*Astrocaryum jauari*) inclinada. Al fondo, también inclinada, una *embaúba-do-igapó* (*Cecropia latiloba*). Las *embaúbas* se consideran árboles pioneros, los primeros en aparecer en zonas degradadas, creando las condiciones para el crecimiento de otros árboles. Por eso son tan comunes en las zonas de igapó, donde las grandes crecidas suelen cambiar el curso de los ríos. Río Jaú, parque nacional del Jaú. Estado de Amazonas, 2019.

Paisaje de igapó, selvas frecuentemente inundadas por las aguas oscuras de los ríos. Río Jaú, parque nacional del Jaú. Estado de Amazonas, 2019.

Región del río Tapajós, cerca de Santarém. Estado de Pará, 2009.

Formación de palmeras en el *paraná* (canal), que conecta los ríos Negro y Cuiuni, en el estado de Amazonas. Una palmera se destaca en la parte inferior de la foto, *jará-açu* (*Leopoldinia major*). En la parte superior, palmera *jauari* (*Astrocaryum jauari*). Estado de Amazonas, 2019.

Grupo de palmeras *jauari* (*Astrocaryum jauari*) en las orillas del río Jaú, parque nacional del Jaú. Estado de Amazonas, 2019.

Guacamayo rojo (*Ara chloropterus*). Estas aves, de la familia Psittacidae, viven en pareja toda su vida, por lo que normalmente son vistas volando de a dos; cuando vuelan en tríos, generalmente uno es un polluelo. Parque nacional del Jaú. Estado de Amazonas, 2019.

Selva de igapó, selvas a menudo inundadas por las aguas oscuras de los ríos, con muchos *cipós* cayendo de las copas de los árboles, río Jaú, parque nacional del Jaú. Estado de Amazonas, 2019.

En la selva de igapó, el agua oscura del río avanza por las orillas cubriendo las raíces y los troncos de los árboles. En primer plano, la palmera que se destaca es un *jauari* (*Astrocaryum jauari*); en segundo plano, los dos árboles que se destacan a la izquierda y a la derecha, con sus hojas más claras, son ejemplares de *embaúba-da-várzea* o *embaúba-do-igapó* (*Cecropia latiloba*). Río Jaú, parque nacional del Jaú. Estado de Amazonas, 2019.

Recodo del río Gregório, al pie de la colina donde se encuentra la aldea yawanawá de *Nova Esperança*. Esta región de Acre está formada por "tierras nuevas", ya que el curso del río cambia con frecuencia debido a la fuerza de las aguas durante las crecidas. Tierra indígena yawanawá del río Gregório. Estado de Acre, 2016.

Lluvia en la selva de igapó, selvas frecuentemente inundadas por las aguas oscuras de los ríos. Río Jaú, parque nacional del Jaú. Estado de Amazonas, 2019.

Selva de igapó, selvas a menudo inundadas por las aguas oscuras de los ríos, con palmeras y otros árboles emergentes. En el centro de la foto, uno de los árboles con el tronco cubierto de agua es un *macucu-do-igapó* (*Aldina latifolia*); a la derecha, palmera *jauari* (*Astrocaryum jauari*). Archipiélago de *Anavilhanas*, parque nacional de *Anavilhanas*, bajo río Negro. Estado de Amazonas, 2019.

Vista aérea de un área de pantanal, en las orillas del río *Solimões*, en la región de Tefé. Grandes colonias de garzas blancas (*Ardea Alba*) se establecen en la región. Las garzas, comunes en la selva tropical Amazónica, son aves pelecaniformes (similares a los pelícanos) que viven en grupos y se alimentan de peces y otros animales en el río. Estado de Amazonas, 2009.

Lluvia en la selva de igapó, selvas frecuentemente inundadas por las aguas oscuras de los ríos. Río Jaú, parque nacional del Jaú. Estado de Amazonas, 2019.

Paisaje de igapó, selvas a menudo inundadas por las aguas oscuras de los ríos, con palmeras *jauari* (*Astrocaryum jauari*). Río Jaú, parque nacional del Jaú. Estado de Amazonas 2019.

Selva de igapó, selvas a menudo inundadas por las aguas oscuras de los ríos. Una palmera *jauari* (*Astrocaryum jauari*) se destaca en la foto. Río Jaú, parque nacional del Jaú. Estado de Amazonas, 2019.

Selva de igapó, selvas a menudo inundadas por las aguas oscuras de los ríos. La copa del árbol que se destaca en esta imagen es un *arapari* (*Macrolobium acaciifolium*), junto a una *palmera jauari* (*Astrocaryum jauari*), a la derecha. Río Jaú, parque nacional del Jaú. Estado de Amazonas, 2019.

Formación de palmeras *jauari* (*Astrocaryum jauari*). Río Jaú, parque nacional del Jaú. Estado de Amazonas, 2019.

Cascada en el río Erepecuru (también llamado Paru del Oeste), en el norte del estado de Pará, cerca de las cordilleras que marcan la frontera entre Brasil y Surinam. Tierra indígena zo'é. Estado de Pará, 2009.

Garza blanca grande (*Ardea alba*) sentada elegantemente en la orilla de una selva de igapó. Comunes en la Amazonia, las garzas son aves pelecaniformes (similares a los pelícanos) que viven en bandadas y se alimentan de peces y otras especies fluviales. Río Jaú, parque nacional del Jaú. Estado de Amazonas, 2019.

Igapó, un tipo de selva que se inunda frecuentemente por las aguas oscuras de los ríos. La planta epífita de arriba y del centro es un *cipó-ambé* (*Philodendron solimoesense*), con sus largas raíces cayendo al suelo, instalada en las ramas de un *macucu-do-igapó* (*Aldina latifolia*). Río Jaú, parque nacional del Jaú. Estado de Amazonas, 2019.

El árbol que emerge entre los demás es un macucu-do-igapó (*Aldina latifolia*). Río Jaú, parque nacional del Jaú. Estado de Amazonas 2019.

Lluvia en la selva de igapó, selvas frecuentemente inundadas por las aguas oscuras de los ríos. Río Jaú, parque nacional del Jaú. Estado de Amazonas, 2019.

Gruesas ramas de gomero (*Ficus clusiifolia*) estrangulan el tronco de un árbol *sumaúma* (*Ceiba pentandra*) en las orillas del río Crôa en Cruzeiro Sul, Acre. Estado de Acre, 2018.

Las aguas negras del río Negro se vuelven claras cuando las refleja el sol, y se vuelven absolutamente oscuras cuando no están iluminadas. Parque nacional de *Anavilhanas*. Estado de Amazonas, 2009.

Many of the islands in the Anavilhanas archipelago have been formed by plant and sand sediment that were accumulated in banks that settled when the forest formed millions of years ago. The volume of floodwater can break up thinly connected peninsulas to form new islands. Anavilhanas National Park, State of Amazonas, 2009.

Lo que parece ser un lago no es más que un gran remanso rodeado de islas que lo separan del curso principal del río Negro. Con la variación del nivel del agua del río entre el invierno y el verano, islas enteras pueden desaparecer en la crecida y reaparecer en la sequía, o incluso desaparecer para siempre, agregándose sus arenas a otra isla más adelante. Los contornos de las islas pueden cambiar con frecuencia. Parque nacional de *Anavilhanas*. Estado de Amazonas, 2009.

En época de lluvias, las aguas cubren las orillas del río en las islas, a veces hasta la copa de los árboles, lo que caracteriza la selva de igapó. Durante la estación seca, las islas se agrandan y sus costas se cubren con la arena blanca que surge del fondo marino que caracterizó la región hace unos diez millones de años. Parque nacional de *Anavilhanas*, Estado de Amazonas, 2009.

La fuerza de las aguas en las crecidas está influenciada por el deshielo de la cordillera de los Andes en Colombia, donde se encuentra una de las fuentes del río Negro. El flujo del río moldea las islas con formas alargadas que siguen el curso de las aguas. Parque nacional de *Anavilhanas*. Estado de Amazonas, 2009.

Lluvia sobre el archipiélago de las *Anavilhanas*, el mayor archipiélago interior del planeta, formado por unas 400 islas repartidas en 400 kilómetros del curso del río Negro. A 80 km de Manaus, el río Negro desemboca en el Solimões para formar el Amazonas. Parque nacional de *Anavilhanas*. Estado de Amazonas, 2009.

Como los niveles de las aguas llegan a variar cerca de 20 metros con las estaciones, el parque nacional de *Anavilhanas* está en constante cambio, con canales, bancos de arena y lagunas que aparecen en la estación seca y algunas islas que desaparecen cuando las aguas suben. Parque nacional de *Anavilhanas*. Estado de Amazonas, 2009.

Debido a que su origen y gran parte de su curso están en el hemisferio norte, las crecidas del río Negro tienen un régimen diferente al de la mayoría de los ríos de la cuenca amazónica. Parque nacional de *Anavilhanas*. Estado de Amazonas, 2018.

ANAVILHANAS

Un archipiélago que cambia



En la inmensidad de la selva amazónica, la batalla entre la tierra y el agua desde el comienzo de los tiempos dio origen al mayor archipiélago de agua dulce del mundo, el *Anavilhanas*, cuyas islas de formas infinitas marcan las oscuras aguas del río Negro. Desde el aire, el espectáculo es impresionante y se extiende hasta donde alcanza la vista. A nivel del agua, se trata de un gigantesco rompecabezas en el que sólo los pilotos de barco experimentados pueden navegar con seguridad entre esta abundancia de arrecifes naturales.

La mayoría de las grandes áreas de tierra están cubiertas por una densa vegetación tropical. Si no es posible determinar el número exacto

de esas islas, que se estima entre 350 y 400, es porque algunos islotes de poca altura pueden desaparecer, temporariamente o para siempre, cuando la estación de las lluvias eleva el nivel del agua en más de 20 metros. Año tras año, las fotografías de satélites reproducen un archipiélago en constante recomposición.

Estas islas del río Negro aparecen a unos 80 kilómetros al noroeste de Manaus, y se extienden en dos partes repartidas en unos 400 kilómetros río arriba hasta Barcelos, la primera ciudad fundada por los colonizadores portugueses que llegaron a mediados del siglo XVIII. La primera parte, de unos 135 km de longitud, donde el río tiene una anchura media de 20 km y las islas ocupan el 60 % de su superficie, está ahora protegida por la legislación como Parque Nacional de las Anavilhanas. Con una superficie de 350.470 hectáreas, el parque está completamente deshabitado, a excepción del pequeño municipio de Novo Airão, en su orilla oeste, a 180 km al noroeste de Manaus.

Sierra de Marauiá. Región de *São Gabriel de Cachoeira*, tierra indígena yanomami. Estado de Amazonas, 2018.

El municipio de *São Gabriel da Cachoeira* está localizado en el extremo norte de Brasil, en un área llamada “*Cabeça do Cachorro*” (cabeza de perro) debido al trazado de sus fronteras. En esta región del país, las planicies dan lugar a un relieve escarpado, el más alto del país. Río Cauaburi, tierra indígena yanomami. Estado de Amazonas, 2018.

Municipio de *São Gabriel da Cachoeira*. Río Cauburi, tierra indígena yanomami, región de Maturacá. Estado de Amazonas, 2018.

La sierra del Curicuriari es llamada “sierra de la bella durmiente” por los habitantes de *São Gabriel da Cachoeira*, que pueden divisarla en el horizonte. Localizada en la región central del río Negro, es un conjunto montañoso elevado semejante a una isla rodeada de selva. Estado de Amazonas, 2009.

Paraná que conecta el río Negro con el río Cuiuni. Los *paraná*s son como “lagos” que se conectan a los grandes ríos por medio de canales, llamados “furos”. En épocas de crecida, los dos tienden a unirse como si el río se ensanchara. Estado do Amazonas, 2019.

La formación accidentada de la sierra Parima provoca grandes cascadas como la del río Parima. El agua cae por la escarpada pared de un tepui, una formación geológica típica de la región tierra indígena yanomami. Reserva forestal de Parima, frontera con Venezuela. Estado de Roraima, 2018.

El "encuentro de las aguas" es el nombre dado por los brasileños al momento exacto en que las aguas oscuras del río Negro se encuentran con las aguas más fangosas y densas del río Solimões, formando el río Amazonas. La diferente densidad y temperatura de los dos ríos hace que sus aguas corran juntas durante varios kilómetros, mientras se mezclan lentamente. Manaus. Estado de Amazonas, 2019.

La selva amazónica está cortada por el arroyo Caçabo, afluente del río Negro, en la región de São Gabriel da Cachoeira. Estado de Amazonas, 2009.

El río Negro, el río de aguas oscuras más grande del mundo, se une a las aguas fangosas del río Solimões en la región de Manaus, donde forman, para los brasileños, el inicio del río Amazonas. La mayoría de sus afluentes se originan en el hemisferio norte y algunos de ellos en Venezuela y Colombia, donde las aguas proceden del norte de los Andes. Estado de Amazonas, 2009.

Las nubes densas anuncian la fuerte lluvia sobre las aguas del río Negro. Norte de la ciudad de Barcelos. Estado de Amazonas, 2009.

El río Uraricoera es uno de los más extensos de estado de Roraima, lugar de nacimiento del héroe “Macunaíma” en el romance épico de Mário de Andrade. El Uraricoera nace en la sierra Pacaraima, divisora de aguas de las cuencas del Orinoco y del Amazonas. En su curso, se une al río Tacutu para formar el río Branco. Reserva forestal de Parima, tierra indígena yanomami. Estado de Roraima, 2018.

Parque estatal del Aracá. Cascada del Desabamento. Estado de Amazonas, 2019.

3

Río Maiá, en el parque nacional del Pico de la Neblina, en la región de São Gabriel da Cachoeira, tierra indígena yanomami. Estado de Amazonas, 2018.

5

Vista aérea del río Jutaí, que serpentea a través de una zona extremadamente plana trazando curvas por la selva. Estado de Amazonas, 2017.

6

El cielo se oscurece con la lluvia tropical sobre el río Auaris, en la reserva forestal de Parima, junto a la tierra indígena yanomami. El vapor que sube se confunde con las copas de los árboles y es el resultado de las lluvias de las horas anteriores, revelando el permanente movimiento de las aguas. Estado de Roraima, 2018.

El río Auaris nace en el altiplano de la sierra Parima, en la frontera entre Brasil y Venezuela, y baja serpenteando por las tierras de la reserva forestal de Parima hasta desembocar en el río Uraricoera, uno de los cursos de agua que forman el río Branco. Tierra indígena yanomami. Estado de Roraima, 2018.

VISTAS AÉREAS

La Amazonia vista desde el cielo



Sólo se puede realmente medir la selva amazónica desde el espacio. Cubre casi un tercio del continente sudamericano, un territorio mucho mayor que toda Europa. Las fronteras nacionales de los nueve países que comparten este ecosistema no están delimitadas con precisión, pero se puede afirmar que la mayor parte -alrededor del 60 %- se encuentra en Brasil. En el corazón de esta naturaleza extravagante corre el río Amazonas, que, alimentado por más de mil afluentes -17 de ellos de más de 1.500 km de longitud-, vierte diariamente 17.000 millones de toneladas de agua en el océano Atlántico, lo que equivale al 20 % del volumen de agua dulce del mundo.

Vista desde un avión o un helicóptero, la selva amazónica parece una gigantesca alfombra verde bordada con sinuosas curvas, los meandros de sus perezosos ríos. Pero en la época de lluvias, este bello orden se altera repentinamente: los ríos se desbordan e inundan la selva a lo largo de un centenar de kilómetros, creando en algunos lugares lagos y lagunas que recuperarán sabiamente su lecho al retirarse o cavarán otros. El paisaje es tan llano que en Tabatinga, en la frontera oeste de Brasil con Colombia, el Amazonas está a sólo 73 metros sobre el nivel del mar, cuando aún le quedan 4.660 kilómetros por recorrer.

Pero este ciclo natural, que se repite desde hace millones de años, está ahora en peligro. La deforestación se está acelerando. La destrucción es más violenta en las periferias de la selva, donde las carreteras han atraído migraciones de ganaderos, madereros y mineros. Y afecta principalmente a las tierras estatales: en los territorios indígenas y en los parques nacionales, la proporción de selva deforestada es mínima.

Sin embargo, con hasta un 17,25 % de la biomasa ya extinguida, preocupa que la deforestación alcance pronto un punto de no retorno. Aquel en el que el bioma ya no podrá ser capaz de regenerarse y donde vastas extensiones de selva se convertirán en sabanas tropicales.

INSTITUTO TERRA ZURICH FOREST PROJECT

Um projeto em parceria com o Instituto Terra, com o objetivo de plantar 1 milhão de mudas de até 120 espécies nativas, ao longo de 8 anos, apoiando o crescimento saudável da floresta Nativa.

O projeto cobrirá uma área total de 700 hectares de terra e garantirá a autossustentação e biodiversidade da floresta ao longo das próximas décadas.

Saiba mais <https://www.zurich.com/pt-br/about-us/sponsorship/zurich-forest>

UNA ONG CREADA POR LÉLIA Y SEBASTIÃO SALGADO

El *Instituto Terra* nació del sueño de la pareja Lélia Deluiz Wanick Salgado y Sebastião Salgado de revivir la exuberante selva que cubría, hace más de 60 años, las tierras de la finca Bulcão -propiedad de la familia Salgado-, entonces totalmente devastada por un grave proceso de degradación ambiental.

Situada en Aimorés, en el estado de Minas Gerais, la zona que actualmente tiene 709,87 hectáreas comenzó a reforestarse en 1998 con la creación del Instituto, una organización civil sin fines de lucro.

La región, en la cuenca del Valle del río Doce, albergaba el precioso bioma de la Mata Atlán-

tica, de importancia mundial, del que hoy sólo queda un 12,4 % de la vegetación original. El objetivo del *Instituto Terra* es garantizar la supervivencia y la continuidad de las especies de este bioma, en peligro de extinción. Se han plantado unos 2,7 millones de árboles y se han producido más de 6 millones de plantines de especies autóctonas. Con parte de la selva tropical de nuevo en pie, un gran número de animales -aves, mamíferos, reptiles y anfibios- han regresado a sus hábitats naturales.

Los nuevos árboles también ayudaron a recuperar las fuentes de agua y los arroyos que estaban a punto de secarse. De esta experiencia surgió el proyecto "Olhos D'Água", una iniciativa reconocida por la ONU, con el objetivo de restaurar y proteger miles de los más de 300 mil manantiales del Valle del río Doce, una de las regiones más afectadas por el desordenado proceso de deforestación del país. El programa ya incluye manantiales en proceso de recuperación y más de 1000

productores rurales se han beneficiado en casi 2030 municipios de los estados de Minas Gerais y Espírito Santo.

PARTICIPE DE LA TRANSFORMACIÓN
Colabore y participe del proyecto que es un gran ejemplo para el mundo

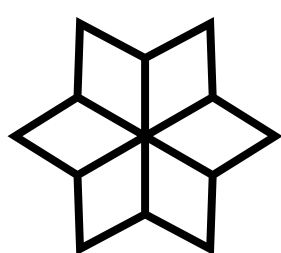
El *Instituto Terra* no tiene vínculos políticos ni religiosos, ni es una organización con fines de lucro. Para el desarrollo de sus proyectos, cuenta con la colaboración de particulares, empresas, gobiernos y otras instituciones.

<https://institutoterra.org>

Conozca nuestra labor esencial en favor de las selvas y de la preservación de los beneficios que la fauna y la flora aportan al planeta. Lea este código QR y juntos vamos a cuidar de la Mata Atlántica.

© Sebastião Salgado

© Luiz Maximiano



Lei de Incentivo à
CULTURA

PATROCÍNIO GLOBAL MASTER



PATROCÍNIO OURO



PATROCÍNIO PRATA

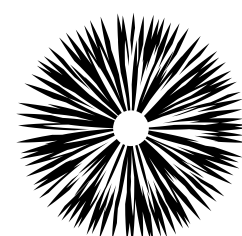


(re)energisa

PRODUÇÃO

maré
produções

PARCERIA INSTITUCIONAL



Museu do **Amanhã**



REALIZAÇÃO

SECRETARIA ESPECIAL DA
CULTURA

MINISTÉRIO DO
TURISMO

